

EL AMOR DE DIOS

Quiero hablaros de algo que cambió radicalmente mi vida y que es tan importante que le ha dado sentido de verdad: esto es EL AMOR DE DIOS.

Que Dios nos ama personalmente es una verdad y una realidad que no se nos ha inculcado suficientemente desde nuestra infancia. Y es lo fundamental. Se nos ha enseñado quizás el primer mandamiento: amar a Dios, pero no se ha insistido en que Dios nos amó primero. Creo que aquí radica el fallo básico de nuestra visión cristiana y de nuestra vida espiritual. Si esto calase en nosotros hasta hacerse no solo una convicción, sino también una experiencia, nuestra fe no se reduciría a una serie de prácticas y de cumplimientos, sería una vida abundante y jubilosa, que es lo que Cristo vino a traernos: *“He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia”* (Jn 10,10). Esta es la auténtica definición de lo que es el cristianismo; una vida nueva y una vida abundante.

Nos cuesta creer que Dios nos ama por varias razones: nos presentaron la imagen de un Dios lejano, juez, policía, que espía nuestros fallos para castigarlos y da miedo, o nuestra familia tal vez no funcionó bien, o creemos que no lo merecemos: somos pecadores, indignos de que Dios se fije en nosotros, o porque existe el mal y el sufrimiento, y ¿cómo va a amarnos un Dios que deja sufrir a sus hijos? O sencillamente por rutina: estamos tan acostumbrados a oírlo que ni lo pensamos, ni nos impresiona, ni casi nos importa.

Dios solo sabe amar. Estas dificultades para creer que Dios nos ama nacen de que no planteamos bien el amor de Dios. Tenemos de él una idea pobre e inexacta. Lo concebimos a la manera del amor humano: primero tienen que existir las cosas y personas, luego tienen que ser “amables”, es decir, estar dotadas de cualidades atractivas dignas de ser atendidas, admiradas, estimadas, aprovechadas, de tal manera que despierten nuestro amor. Pero esto en Dios no cabe, porque nada existe antes de que Dios lo ame. No existimos primero por casualidad o al margen de Dios, como criaturas y como hijos, y luego, al ver que somos amables y somos sus hijos, Dios nos ama...

No. El amor de Dios es creador, es fundante, es el principio. En el principio no era el primer mandamiento: Amar a Dios; en el principio era el amor: *“Dios nos amó primero”* (1 Jn 4,19). Nacemos del amor de Dios, somos creados porque Dios nos ama y para ser amados por Él. Nuestro destino, como nuestro origen, es ser amados por Dios, ser beneficiarios de su amor. Solo “después” viene el primer mandamiento: Amar a Dios sobre todas las cosas, y eso de “el hombre ha sido creado para conocer, amar y servir a Dios”.

Afortunadamente, no podemos dejar de ser amados por Dios, ¡ni en el infierno! El sol no puede dejar de lucir, ni condena a nadie a la oscuridad. Sí podemos encerrarnos en un sótano y privarnos de su luz, pero es cosa nuestra. Por mucho que nos encerremos, no impediremos que el sol siga iluminando. Y por mucho que rechacemos el amor de Dios, que nos olvidemos o reneguemos o nos alejemos de él, Dios seguirá amándonos.

El amor de Dios es incondicional, no depende de que seamos buenos o malos, santos o pecadores, atractivos o repelentes, de que amemos u odiamos. Sería tan ridículo pedirle a Dios que nos ame como pedirle al sol que nos ilumine. Sencillamente somos amados por Dios porque lo suyo es amar, como lo propio del sol es iluminar y lo propio del agua es mojar. Si Dios dejase de amar, dejaría de ser Dios, porque *“Dios es amor”* (1 Jn 4,8.16).

Por eso es un amor gratuito. No hay que conquistarlo ni merecerlo, no podemos pasarle factura por nuestras virtudes y obras buenas. No tenemos que ser “amables” para que Dios nos ame. No depende de nosotros; solo de Él. Nos ama porque Él es bueno, es fiel a sí mismo, que “es amor”. No es un premio, una paga, una recompensa a nuestra bondad; es un regalo, un don, una gracia.

El amor de Dios es realista. Como es gratuito, incondicional y no depende de nosotros, no espera a que cambiemos para amarnos. Dios nos ama tal como somos y tal como estamos. Nosotros atendemos mucho a la presentación, en los demás y en nosotros mismos. Generalmente a los demás les exigimos que cambien, o esperamos que

cambien o intentamos que cambien, a veces con métodos negativos disfrazados de amor: riñendo, sermoneando, gritando, atacando, criticando...

Dios no espera a que cambiemos; nos ama ya: con nuestras virtudes y vicios, cualidades y defectos, carácter bueno o malo, infantilismo o madurez, enfermos o sanos, guapos o feos, niños, jóvenes, adultos, ancianos...

Nosotros miramos tanto la presentación que somos esclavos del tocador y del espejo, y nos cuesta aceptarnos y amarnos a nosotros mismos si antes no hemos dado un toque al pelo, a los ojos, labios, mejillas... Y como hay aspectos de nuestra persona que no pueden arreglarse en el tocador, algunos se pasan toda la vida sin aceptarse ni amarse. Pero Dios nos ama sin más a nosotros, no nuestra presentación. Ante su amor siempre estamos presentables; Él nos hace presentables, no necesitamos tocador ni de cuerpo ni de alma.

El amor de Dios es misterioso. Es verdadero amor, pero ¡de Dios! Y Dios para el hombre es misterio, es decir, lo que no podemos entender, lo que no nos cabe en la cabeza. No nos cuesta admitir que Dios nos supera infinitamente, nos es incomprendible en su poder, en su sabiduría, en su grandeza... Sí, nos cuesta admitirlo en su amor. Pero también su amor nos es incomprendible. Y esto no significa solo que es grande sin medida, sino también que es de otro tipo, muy distinto del nuestro; no responde a nuestras categorías, modelos o patrones. Es otra cosa.

Y así, aunque nos repugne, el amor de Dios es compatible con el mal y el dolor: el sufrimiento de los inocentes, las catástrofes, las injusticias humanas, el pecado... Pensemos en Job, en los mártires, en María, en Jesús... ¿Por qué? No lo entendemos, pero cuando Dios permite que se trate así a los que más ama, alguna razón tendrá que se nos escapa. Por eso, las que llamamos desgracias, ¿son desgracias o son gracias? La muerte dolorosa e injusta de Jesús, ¿fue una desgracia o fue la mayor de las gracias: la salvación de los hombres?

Y desde luego, ni el sufrimiento, ni la injusticia, ni la muerte tienen la última palabra. El triunfo final será del amor de nuestro Dios.

El amor de Dios es exigente. Nada tan exigente como el amor. Quien nos ama nos desarma. Nuestra respuesta de amor al amor de Dios es una exigencia que no brota del primer mandamiento. No se puede amar por decreto, a la fuerza, por una imposición exterior. El amor a los padres no nace del 4º mandamiento, sino de los besos, las caricias, los abrazos, los cuidados, las atenciones para con los hijos. El amor del hijo es libre, pero está suscitado por el amor de los padres; se puede decir que es un don de los padres. También el amar a Dios, es decir, el cumplir el primer mandamiento es una gracia de Dios. El amor de Dios “no funciona como factor compulsivo o coactivo, sino como polo fascinante y atractivo; voy hacia Dios no arrastrado, sino atraído (Jn 6,44) por su amor... Así pues, no solo la llamada es gracia; lo es también la respuesta” (J.L. Ruiz de la Peña).

Estamos, pues, muy lejos del Dios supermercado o “área de servicios”, que me provee de lo que necesito, o de lo que me conviene aunque no lo necesite, o de lo que me gusta aunque no me convenga... Dios no es nuestro servidor, sino nuestro Señor, a quien nosotros debemos servir con servicio amoroso.

Tampoco es el Dios-pelucho, como el osito con el que duerme el niño en una fusión psíquica que prolonga el nido caliente, protector, acogedor que es el seno materno; un Dios que satisface sentimentalmente mi necesidad de calor, consuelo, protección. Por ahí va la Nueva Era: imagen almibarada, morbosa de Dios y de la religión, a propósito para personas infantiles e inmaduras.

Nuestro Dios nos toma en serio, y quiere que le tomemos en serio. Quien dice o cree que ama a Dios y vive en contra de su voluntad, ni sabe lo que es amor, ni se ha enterado del Evangelio.

Debemos ir hacia la experiencia del amor de Dios. Son las experiencias las que cambian y gobiernan nuestras vidas: experiencia de Moisés ante la zarza ardiente, de Israel liberado de Egipto, de Pablo camino de Damasco, de los Apóstoles en Pentecostés... Ayudará a ello meditar las obras de Dios, signos de su amor, porque su amor no se queda en sentimientos, es bienhechor, hace bien, derrama bienes: creación, historia de la salvación, Jesucristo y su obra redentora, el Espíritu Santo,

María, la Iglesia con su magisterio, sus sacramentos, sus santos... La Providencia de Dios sobre nuestra propia existencia...

Esta experiencia es una gracia, por eso hay que pedirla insistentemente.

Porque nos ama, quiere que le conozcamos y experimentemos su amor. Déjame decirte que eres un sueño de Dios, cada uno de nosotros somos un sueño de Dios. Nos soñó y después nos dio la vida.

"No temas, que yo te he liberado; yo te llamé por tu nombre, tú eres mío. Si tienes que pasar por el agua, yo estaré contigo, si tienes que cruzar ríos, no te ahogará; si tienes que pasar por el fuego, no te quemará, las llamas no arderán en ti. Pues yo soy tu Señor, tu salvador, el Dios Santo de Israel. Yo te he adquirido; he dado como precio de rescate a Egipto, a Etiopía y a Sabá, porque te aprecio, eres de gran valor y yo te amo. Para tenerte a ti y para salvar tu vida entrego hombres y naciones. No tengas miedo, pues yo estoy contigo." (Is 43,1-5)

(TESTIMONIO PERSONAL)

El acontecimiento más trascendental en la historia de la humanidad sucedió hace unos 2000 años en un lapso de tiempo de unas 12 horas, tiempo que selló para siempre la verdad del amor de Dios. Y ahora nosotros, como dice la carta a los Romanos (capítulo 8, versículos 31 al 39) *"¿Qué más podremos decir? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?... ¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Pero en todas estas cosas salimos triunfadores por medio de aquel que nos amó. Porque estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las cosas presentes ni las futuras, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor"*.

Para terminar, me gustaría invitarte a recoger todo esto en tu corazón y a escuchar (de nuevo) la letra de esta canción que recoge de una manera resumida lo que esta

charla ha querido decirte: NADIE TE AMA COMO ÉL (se termina, si es posible, con la canción de Martín Valverde).